

Fiesta en cuarentena

Eduard Thost



Capítulo 1

Es tan compleja la idea de los jóvenes que a veces llega a confundir, al igual que los adultos, al igual que las personas mayores, al igual que los niños.

Cada uno se identifica con su lugar en la vida y el tiempo, pero, todos pasan por la misma etapa, y al final se van a un lugar no identificado por la razón humana.

¿Por qué olvidamos el sentir y la acción de las experiencias que vivimos cada día?. Un adulto que ya vive independiente y solo se preocupa por cobrar la quincena que le toca por su trabajo, a comparación de los jóvenes, que viven a veces al límite... y los niños, quienes cada día ven una aventura que dura una eternidad, y finalmente duermen, teniendo más aventura dentro del campo de los sueños. ¿Por qué la realidad cambia al crecer?....

La respuesta llega a ser muy simple, pero la exactitud del proceso como tal llega a tener una conclusión incierta. El significado de juventud llega a ser subjetivo, pero es cierto que la juventud se puede decir que llega al límite de cuarenta años, y luego llega el declive, hacia una necesidad de cosechar todo lo vivido, y que a veces no se acepta la depresión de etapas, aferrándose a un montón de cosas que hagan sentir joven, pero es esta etapa en la cual la soledad puede ser mortal.

Sin embargo el centro de esta narración es la juventud. El centro jugoso y dulce de la vida, donde las experiencias ya reales, a diferencia de la niñez, abundan.

Leonardo tenía un concepto muy fuerte de la juventud. Se sentía muy diferente, puesto que era consciente de su inteligencia. Socialmente era muy alejado a todos, detestaba la compañía de personas a su alrededor, pero tampoco era una mala persona. Era bueno con quien realmente se merecía un trato así, pero de forma general le daba asco la vida de la gente y sus vivencias.

Cada noche y tarde se encerraba en su cuarto analizando y escribiendo pensamientos en su computador, llenando carpetas con ensayos. Cualquier persona que posara sus ojos sobre aquellas páginas se asombraría de la rareza y la forma tan limpia e interesante que nadie en la historia ha podido representar en palabras, pensamientos y análisis.

Amaba de leer y releer libros de temas psicológicos, así como de la naturaleza humana.

Era un genio, pero con ideales bastante extremos. Llegando a un punto de odiar a la humanidad.

Era justificado, ¿o no?

Su teléfono suena, y Leo se sobresalta. Molestándose por la interrupción.

Se levanta de su asiento, y toma el teléfono.

— ¿Aló?.

—Leo, primo, que tal, que haces.

El piensa que esa pregunta es bastante estúpida. Desde que empezó la situación de la pandemia del coronavirus, no se ha podido salir de las casas. Todo el mundo está en cuarentena prácticamente, y San José no es la excepción. Ya han pasado tres meses y van casi dos mil muertos y setenta mil infectados.

—Nada Ricardo. En mi cuarto leyendo unas cosas.

—Bueno, viste ese anuncio de una fiesta.

“Fiesta... una razón más para mi opinión sobre la gente”

—Si, en un almacén.

— ¿Vamos?

— ¿Qué?— pregunto Leo sorprendido

—Tus padres son enfermeros y están afuera todo el día.

— ¿Comprendes que la enfermedad es muy mortal?

—Sí y también comprendo que existen muchas personas afirmando que la enfermedad es solo para controlar a la gente— dijo Ricardo, mofándose de Leo.

“Controlar a la gente... oh que desperdicio de humano”

— Y, ¿qué dices?

Leonardo pensó un momento. Su cuarto permanecía oscuro y por afuera lloviznaba. Suspiró y dijo:

—Si... si voy contigo.

—Ya la diste Leo— respondió Ricardo entusiasmado— Voy para tu casa, y prepárate.

—Si lo haré, pero iré con muchas precauciones.

—Bien, pero no seas aburrido.

—Bueno te espero.

Cortaron la llamada y Leo se preparó.

Se duchó y se cambió la ropa, vistiéndose como típicamente se vestían sus conocidos de su misma edad. Su genialidad no iba de la mano con su apariencia. Aparentaba ser un chico normal pero muy peculiar. Además, muchos lo respetaban.

Se colocó su cubrebocas, se alistó con alcohol en gel y alcohol puro aparte. Y finalmente se colocó sus guantes.

Ricardo llegó una hora después de la llamada. Tocó la puerta y salieron juntos. Era de noche y el toque de queda había comenzado dos horas antes. Así que caminaron ocultándose por las calles hasta llegar a una callejuela. Bajaron por unas escaleras dentro de la oscuridad y llegaron a una puerta. La puerta le pertenecía a un depósito antiguo que ahora se usaba mayormente para fiestas clandestinas.

—Y ahora qué— dijo Leonardo

—Imprimiste dos invitaciones— respondió Ricardo, — Ten una.

Ricardo le alcanzó a Leo una de las invitaciones.

—Tienes que mostrarle a quien cuida la entrada.

Leonardo se sentía un poco nervioso, lo admitía. Pero se calmaba repitiendo que no era la gran cosa, era una simple fiesta.

—Bien— dijo Leo.

Ricardo tocó la puerta. Esperaron un rato y abrieron. Un chico alto con un cuerpo algo formado los saludó y pidió sus invitaciones. Ellos le entregaron las respectivas invitaciones y les respondió:

—No nos hacemos responsables de si se contagian.

El hombre salió más de las sombras, y los dos se percataron que él tenía un tapabocas en la otra mano, además que llevaba guantes quirúrgicos de color blanco. Miró fijamente a Leo y repitió:

—No nos hacemos responsables.

Leo y Ricardo dijeron sí al unísono e ingresaron. Dentro había un pasadizo largo, iluminado por varios focos blancos. A un costado estaba un pequeño cuarto donde aquel chico cuidaba por medio de cámaras de seguridad.

—Realmente no parece de su edad, tiene una apariencia muy adulta ¿no?

—Sí— respondió Leo.

—Pero, ¿por qué te miró de esa manera?

—No lo sé.

Ricardo dejó de lado la pregunta y siguieron caminando. Hasta que a la derecha había una escalera de metal y bajaron por ella. El sonido de la música se empezó a escuchar y al finalizar la bajada. Se hallaron con otra puerta.

—Listo, llegamos.

Ricardo abrió y un montón de luces se vinieron encima reflejados desde adentro. Había varias personas de diferentes edades bailando y tomando. Mayormente eran jóvenes, pero no faltaba uno que otro adulto besándose con chicas menores que él.

Olía a muchas cosas, pero de entre ella la cerveza era lo que más abundaba. El suelo a veces se ponía pegajoso al pisar, lo cual hizo sentir mucha repugnancia a Leo.

—Bueno, voy a traer algo de beber.

—Yo voy al baño — agregó Leonardo.

Ricardo se dirigió hacia donde estaban preparando varias bebidas, y Leo caminaba entre la gente buscando el baño. Miraba a su alrededor, contemplando la gran longitud que tenía el lugar. Su transcurso se convertía en algo muy desagradable. Había mucha gente que se besaba entre tres o más personas. Luego en un círculo de sofás, un chico se apoyaba al espaldar con los brazos extendidos, mientras que dos mujeres se la chupaban, los tres gemían sin cesar.

Leonardo simplemente ignoraba todo y seguía su rumbo. A veces una que otra mujer se le acercaba, y a veces hombres. El los ignoraba.

Entonces halló el baño, y dentro oía también a personas haciéndolo. Y cuando abrió una de las puertas de los baños de varones, dos tipos se encontraban cogiendo, uno sentado sobre el otro, como una araña humana con cuatro piernas. Leonardo soltó la puerta y la golpeó, e ingresó a la puerta continua.

Minutos después Ricardo tenía dos vasos de vidrio con un líquido amarillo y hielo. Buscaba con la mirada a Leo, pero no lo hallaba en ningún lugar. Él también se percató que aquel depósito era muy extenso, y todavía tenía pequeñas plataformas a las que se podía subir por medio de escaleras. Leo se movía entre la gente abriéndose camino hacia los baños. Pero entonces una mujer se le acercó, y comenzó a hablarle.

Leonardo se puso algo nervioso, pero aquella mujer acercó su boca a los labios de Ricardo y lo besó, posando sus manos sobre los hombros de él y acercando más su rostro. Luego al despegarse, ella habló:

— ¿Vienes con alguien?

—S... SI, un amigo...

—Ohh entonces ese trago es para tu amigo, ¿no?

—Sí, pero ten... de todas formas él no toma.

Ella tomó el vaso y dio un sorbo, mostrando una mirada muy coqueta.

El ambiente cambiaba a algo más hormonal, la gente se sentía más excitada, y seguían moviéndose al ritmo de la música. Y luego del techo surgió una llovizna artificial, mojando a todas las personas. Seguían moviéndose, y el ambiente aumentaba.

—Esto no parece ser agua— dijo Ricardo bailando muy cerca de aquella mujer, — Es algo grasoso.

—Tal vez es algún tipo de lubricante—añadió sonriendo.

Continuaron bailando y besándose.

—Oh, ¿cuál es tu nombre?

Ella sonrió nuevamente.

—Pues me llamo...

Y las luces se apagaron.

Todos abuchearon en voz alta y se quejaban. Y entonces una voz habló:

—Hola a todos mis agradables fiesteros.

Todos reclamaban.

—Bueno— habló la voz— creo que están muy molestos. Y deberían, los comprendo. Sin embargo, son conscientes que estamos en medio de una pandemia bastante peligrosa y preocupante. Y ese fue su error.

Entonces las luces se encendieron de nuevo, y llenó todo el lugar con un color amarillo.

Y se percataron que la voz provenía desde detrás de una pantalla de vidrio, separado del salón principal justo al fondo de todo. Allí debería estar el dj que controlaba la música. Y un hombre muy molesto corrió hacia las escaleras y forcejeó con la puerta para ingresar a ese estudio.

—Te sacaré la mierda payaso estúpido.

—Oh, ni te esfuerces— contestó la voz—Estarías días forcejeando con la puerta y jamás saldrías homínido imbécil.

El tipo se molestó más y comenzó a patear la puerta.

—Siguiendo con mí dialogo mis estimados caballeros, se percatarán que la puerta de salida también está completamente cerrada.

Leonardo estaba muy confundido, y aquella persona no mostraba su rostro, ya que se escondía en la oscuridad de ese estudio. La gente comenzó a insultar, y su acompañante femenina se unió a este hilo.

—Bueno, no extenderé más esto, ese líquido con el que están empapados es petróleo, y por si no saben es muy inflamable.

— ¡Qué tienes en mente maldito loco!—gritó alguien.

—Siempre se les tienen que explicar. Miren, por culpa de ustedes pedazos de ignorantes es que muchos se contagian sin ser culpables, ustedes son el verdadero virus que debe desaparecer. Y a los virus se les debe

exterminar.

Entonces el perfil caminó y Ricardo se sorprendió. No podía creer lo que veía, debía ser una broma. Leonardo estaba parado allí, hablando cosas extremistas y con algo horrible en mente.

—Ustedes deben morir.

Y con esas palabras, aparecieron varios lanzallamas alrededor del lugar.

—Adiós mis caballeros repugnantes. Adiós mis caballeros sexuales. Adiós.

Y varias lenguas de fuego fueron expulsadas por aquellos lanzallamas, y el fuego se prendió al instante. Leonardo gritaba sin saber por qué lo hizo, pero era tarde. La gente ahora gritaba y chillaba de dolor, y la carne sonaba cosiéndose. Todos corrían, pero al final no había escapatoria.

Leo permaneció viendo el espectáculo muy motivado. Y ahora tenía que ir a otras fiestas clandestinas, para que este contagio baje poco a poco. Él sabía que su primo estaba entre esa gente pero no le importaba. Realmente él no sentía empatía por la gente que no se lo merecía, y no era malo, pero tampoco era bueno. Sólo era él, un ser frío que sigue sus ideales, un ser con una mente sin sentimientos. Un ser vengador, manipulador e inteligente.

Se alejó del lugar contento de que su primera obra había salido como quería, y tenía otras dos fiestas que él sabía que estaban repletas de gente. Él lo había preparado todo.

Era Leonardo, un asesino muy joven.